
PARA TU PIEL DE VERANO, MUCHACHA

NICOLÁS SCHEINES

YOYD | EDICIONES



PRÓLOGO

Cáncer. A Julián no le queda claro por qué la palabra está casi prohibida. Nadie la menciona, nadie la nombra por fuera del núcleo familiar. Su mamá sí lo hace, y su papá también; Santiago un poco menos, pero claro, él no vive en esa casa donde el cáncer circula por todos lados. «Enfermedad de mierda», le comentan muchos a Julián al referirse al cáncer, y él no entiende bien por qué otras enfermedades serían menos «de mierda». ¿Porque no te matan? Pero si hay otras enfermedades que sí matan, y otras que debilitan. Al fin de cuentas cada enfermedad cumple su rol, piensa, no hay algunas más «de mierda» que otras, a lo sumo las hay más o menos dañinas, más o menos tratables. A los viejos los mata la gripe; a los pobres, la tuberculosis, y no por ello nadie se refiere ni a una ni a otra como «enfermedad de mierda», se convence a sí mismo, moviendo los labios casi sin querer, en un colectivo cualquiera, mientras va y viene de la psicóloga. El pensamiento lo mastica en viajes continuados, aunque estén separados entre sí por semanas. Es como si cada vez que se subiese a casi cualquiera de las líneas que circulan por la avenida Cabildo entrase en un mundo donde se le ha asignado una misión: comprender la palabra «cáncer» y todo lo que la circunda. Ha llegado a preguntarse si existirían estadísticas verificables que hayan estudiado el comportamiento de las personas del signo Cáncer en relación con la palabra





NICOLÁS SCHEINES

«cáncer», que las distinga del modo de percibir la palabra de los sujetos pertenecientes a los otros once signos. Creía que algunas variables se debían atender de forma especial, a saber: toda la muestra debía corresponder a personas que creyesen en el zodiaco. O, mejor aún, debería existir, pero diferenciado, el estudio con los casos testigo de las personas de Cáncer que no tuviesen en cuenta el zodiaco, como los chinos, que tienen su propio horóscopo, o los escépticos. En la mañana de su estudio, muestreo, potenciales preguntas, grupos sociales delimitados y otras elucubraciones de corte netamente sociológico y metodológico, Julián tocaba el timbre pasando Sucre y se bajaba en Cabildo y José Hernández, y al momento de poner una zapatilla en la vereda (o más preciso sería decir en el asfalto, porque rara vez un colectivo lo acercaba hasta la vereda) ya se había desconectado de su pensamiento, de la encuesta y de los mil problemas que esta le traía, y que volverían a preocuparlo apenas pronunciase «ochenta» al subirse al colectivo que lo llevase de vuelta, una vez más casi sin mirar el número, porque prácticamente todos lo dejaban bien.

«Cáncer», se repetía una y otra vez, como intentando comprender de qué se trataba. ¿Mitosis? ¿«Mitosis» era la palabra? Buscaba en el recuerdo clases de Biología olvidadas, esos dibujos de la célula que la profesora siempre le elogiaba, no por su calidad técnica, que dejaba mucho que desear, sino por su nivel de detalle en la observación (si había catorce puntitos en la imagen, él siempre iba a copiar catorce puntitos, aunque le salieran mal). Teniendo a su papá médico, la búsqueda de enfermedades en Internet la consideró siempre sacrílega, un acto impuro que jamás cometería. Héctor le respondía sus preguntas y, basándose en sus explicaciones, sus recuerdos escolares y las deformaciones que hacía de toda esa información, Julián se armaba un esquema en la cabeza, que no tenía por qué estar bien, porque era un





simple esquema para racionalizar la palabra, para darle cierta estructura, incorporarla a un sistema.

Entonces el cáncer era eso que él quería llamar la mitosis de células—una reproducción de células en cualquier caso, con ese efecto mágico de los seres que se parten a la mitad para ser dos—de cierto tejido, que poco a poco iba forjando una pelota, y lo que parecía algo de la teoría, de *software*, se volvía un tema mecánico, algo de *hardware*, porque claro, si tengo una pelota en el pulmón parece lógico no poder respirar. ¿Y el cáncer en la sangre—se preguntaba—, explotará venas y arterias? Julián se quedaba absorto ante sus propios planteos, sus dientes se veían apenas entre sus labios levemente abiertos, como queriendo soltar una pregunta que aguardara por la señal del profesor para autorizarla. ¿Por eso se quebró la vértebra de mi mamá?, parecía querer decir. El colectivo le brindaba un espacio inmejorable de reflexión, porque era amo y señor de todo lo que sucedía en su cabeza, y se podía olvidar de las preguntas que le molestaban como si nunca hubiesen existido. Continuaba entonces con su teoría sobre lo que era el cáncer, con su certeza absoluta e incuestionable de lo que era y no era esa palabra. La pelota, entonces, se forma, pero hasta ahí todo bien. Se opera y chau pelota, chau problema, un poco de rayos para matar lo que haya quedado dando vueltas, una revisión anual para chequear que no haya otras células malditas reproduciéndose más de lo que es debido por las leyes de la biología, la moral y el orden, como si fuese un buen censor de películas en tiempos de alguna fuerte dictadura. Problemas que impiden la cirugía: que la pelota sea demasiado grande o que esté en un lugar incómodo para operar porque compromete otra cosa (pasa mucho en la espalda y en la cabeza eso); que el cuerpo esté ahora lleno de distintas pelotitas y que haya tomado protagonismo una palabra mucho más tabú que cáncer: metástasis. La metástasis,





NICOLÁS SCHEINES

le explicaría Julián a un hijo suyo, es cuando el cáncer viaja por la sangre de un lugar a otro del cuerpo. La metástasis, le ocultaría Julián a un hijo suyo, es un certificado de defunción con plazos variables pero definidos. Lo que sabe Julián (lo que cree que sabe Julián) es que hay tumores benignos y tumores malignos. Los benignos se sacan (a menos que sea demasiado complicado) y ya fue, es como un error del sistema, como eliminar un *bug* con un antivirus. Los malignos son el cáncer, y lo que hacen es crecer, reproducirse, viajar por el resto del cuerpo, contaminar otras partes, otros órganos, hasta que ya no digas de alguien «Tiene cáncer de pulmón», sino que empieces a decir «Tiene un cáncer muy avanzado», lo que es igual a decir «Tiene cáncer y le quedan X meses/años de vida». Y ahí se detiene una vez más, pero sabe que eso, eso es irremontable, es un lugar de donde no se vuelve. La certeza de la muerte —que todos la tenemos—, cuando tiene una fecha exacta es inapelable, ese es el momento en el que el paciente muere, y no cuando se le dice que se espera que muera. Desde que hay un pronóstico y un límite fijado, esa persona deja su condición de ser vivo para transformarse en un muerto que, casi por casualidad, y apenas para una despedida fugaz y ordenada, está en el mundo de los vivos.

Más de una vez Julián agradece descender del colectivo, poder salir de ese cacharro de metal lleno de lugar para pensar y volver al mundo del aire libre hasta que sus pies lo conduzcan al consultorio de su psicóloga, una zona del todo diferente a la del medio de transporte. Cuando emprende el regreso, el hilo de pensamientos continúa, pero la angustia ya no lo atormenta, puede seguir por otro lado, salirse por la tangente, volver a sus disquisiciones sociolingüísticas sobre la palabra «cáncer», que lleva implícito el dibujo pequeño de un escorpión simpático y modelado por tantos horóscopos, nada que ver con aquel bicho espantoso que lo tuvo en vilo un





verano de su niñez, cuando los noticieros alertaban de una invasión de escorpiones en La Plata. Esos animalitos eran un degradé de dorado, bermellón y transparente, con un fondo de arena o de acrílico que volvía obvio que no se trataba de los que se encontraban en La Plata, adentro de zapatillas, en recovecos de los patios, en bañaderas, debajo de las camas. Sus ojitos de niño no le alcanzaban para circundar todo el dormitorio, para asegurarse de que no lo fuesen a pinchar con uno de esos agujones amenazantes que los dibujantes de horóscopos solían elidir. Su mamá lo consolaba, lo cuidaba, quería protegerlo diciéndole que no pasaba nada, que La Plata quedaba lejos, que ella estaba segura de que en su casa de la zona norte de Buenos Aires ellos estaban libres de escorpiones. «Pobre, ella no sabe», se decía Julián sin haber soplado todavía más de ocho velitas. «Ella no sabe, no lo vio como lo vi yo». Se refería al noticiero, a las imágenes que transmitían, a la certeza de que los escorpiones eran una plaga que todavía no estaba controlada, que cualquier cosa podía pasar. Encima de una imagen fija sobrepresionaban unas letras de molde con «Consejos para asegurarse de que no hay escorpiones en la casa», seguida de otra que decía: «¿Qué hacer si hay un escorpión en la casa?» y una tercera, que era el final de la tragedia anunciada: «Cómo actuar en caso de una picadura». Julián se desesperaba, no llegaba a leer, las letras iban demasiado rápido, se le diluían entre los ojos y entonces no podía asegurarse nunca de que no haya escorpiones en la casa porque no podía seguir *todos* los consejos que el noticiero daba. Él tiene para sí que todo ese año revisó las zapatillas antes de ponérselas, para cerciorarse de que estuvieran libres de escorpiones, pero no supo más consejos para asegurarse de que no aparecieran. Ni su mamá ni Héctor ni Santiago parecían preocupados por el caso de los escorpiones que habían acechado la ciudad aquel verano. Y sin embargo ahora, que no hay bicho





NICOLÁS SCHEINES

con agujijón asesino, que no hay colores que son claro designio del Diablo (de algún diablo), que no hay una amenaza concreta, que no hay más que células reproduciéndose a montones y apretando el cuerpo de su mamá desde dentro de a poquitito, ahora sí parecen estar todos muertos de miedo.

Eso pensaba Julián en el colectivo, y miraba para abajo, afinando la vista en ese agujerito que se forma entre el calzado y el pie a la altura de los maléolos externo e interno, pensando que esa mañana —ni ninguna mañana de los últimos diez, quince años—, que esa mañana no había chequeado que no hubiese un escorpión en su zapatilla. Por fin lo invadió el miedo, un terror inexplicable, el miedo de ver asomar unas pinzas que trepasen por sus medias, seguidas de un cuerpo alargado y un agujijón y se le metiesen por la botamanga del pantalón. Dio gracias al dios en el que no creía por ver el cartel de Sucre, saber que tenía que tocar el timbre, salirse de ese colectivo lleno de pensamientos y escorpiones amenazantes.

A tres años de ese año, Julián se sienta y escribe. Titula el Word «Un año para toda la vida» (es la primera vez que comienza por el título, la primera vez que ya sabe de qué va lo que escribe) y empieza a escupir todos los relatos que horadan su cabeza y que le impiden avanzar. Se miente que si lo escribe entonces sí podrá seguir, que una vez en el papel (en la pantalla) esos recuerdos ya no le molestarán. Y sin embargo ahí está él, con un título que pregona eternidad, o, al menos, una eternidad confinada a su propia existencia.

